

JOSÉ LUIS MOYA PALACIOS

ISLA DE JUNCOS AMARILLOS



POEMARIO
Abril 2002



Colección Poemas de Luna

© JOSÉ LUIS MOYA PALACIOS

Fotos: José Luis Moya Palacios

Poemas: José Luis Moya Palacios

Prohibida toda reproducción de fotos o texto sin permiso del autor.

PORTADA

"Isla de juncos amarillos" es un poemario escrito en mayo de 2002, viajando de noche en noche, por el amargo desamparo del vino tinto, en el luto descalzo de una tierra sin girasoles.

Soledad de acantilado sin playa... siempre palabras fuera del lugar de las palabras.... camino de juncos en los días iguales.

El alma, a solas con el silencio.... y siempre el tiempo como absoluto... y siempre la noche sin lugares.

Huérfanos de besos peregrinamos hacia ninguna parte en una isla de juncos amarillos con sólo recuerdos, y el perfume de ayer taponando cicatrices.

Sobre la textura de la noche escribes al borde de una muerte de sentimientos, de melancolías que parten hacia ese camino de arena donde se encienden todos los deseos.

Guardas en un pañuelo aquella tormenta de pétalos, los sueños azules, las mañanas de sol.

Los recuerdos esculpen besos en el tiempo de las campanas. Aprendes suspiros mientras envejecen las paredes en el espacio de la tierra. Y todas las verdades van siendo crepúsculo en los ojos.

Buscas una metamorfosis para sobrevivir al mundo y te acercas, sin quererlo, a los días de naufrago.

Pasajero de un viaje sin retorno, abandonas pisadas en todos los caminos, mientras tus gritos de silencio se hacen muerte en las copas de los árboles.

Al norte de este mar, de esta suerte, peregrinas ternuras en las manos...

Pasado el horizonte de los años, descubres que la mirada tiene otras arenas y los deseos cálices nuevos.

Se secan lentamente las puntas de los de los juncos. Sobre los surcos de la vida quedan las cepas arrancadas con dolor.

La lluvia, la gente, las paredes... y mil otoños que agrietan el alma. Es ya tarde. Isla desnuda. Corazón a solas.

Caen los años en el estanque de las hojas. Tiempo a la deriva. Se termina el almanaque de los días desparramando sentimientos bajo el cielo... Busco un atajo para no sentir las lágrimas. Sobre la arena escribes un nombre y abandonas una rosa al mar. Se hace dársena la tarde de memorias, mientras recuento la vida en una *"Isla de juncos amarillos"*. Y frente al mar, contra la noche, desnudo de túnicas, de rodillas, mueres de soledad.

A handwritten signature in black ink, reading "José Luis Moya P.". The signature is stylized with large, flowing loops and a long horizontal stroke at the bottom. It is positioned to the left of a vertical red line.

José Luis Moya P.

POEMARIO

Isla de juncos amarillos. Alfombra de agua para sueño de diamantes. Dentro, habita una bahía de girasoles. Juega la noche al escondite con tu pelo. Adiós de sol lejano. Desnudez de río que espera la aurora en la paz mansa del silencio. Estoy en las hojas de los días, navegando piedras y cristales, junto al sabor de la estación de los maíces, en la sed de esperas, en el hambre de besos.

Taberna sucia de flores de papel. Camisa Blanca. Chaqueta negra Y tus confidencias en mis ojos. Sobre el mármol agua y una botella de cristal. Tan cerca, tan lejos, en la impotencia del beso. La soledad sueña paraísos sobre tus senos. Química dispar de desatinos. Tú al otro lado en la ciudad, y yo aquí junto a mi pared. Vigilia de universos separados. Te respiro amor bajo la luz menguante. Mil islas de deseos en los únicos besos de escalera. Y siempre el tiempo como absoluto. Y siempre la noche sin lugares, condenados a otra espera.

Me despierto en ti, en el perfume del silencio, con el traje del recuerdo. Viento de tormenta en el fluir del río. Aquel lugar para los dos, en la espiral de la tarde...La luz deshojada en la frente de los pinos... Quedan para siempre las acuarelas de tus ojos, el retablo de las nubes, las pinceladas de un tiempo moribundo perfilado en los labios. Y aquel sol de gladiolos, fuego abierto en mitad de los secretos. Luego, sólo el roce de suspiros en la transparencia de lluvia. Regresamos en el contraluz de la tarde, donde torres lejanas abrazan la noche. Sobre la carretera, habitamos besos y esperanzas, para no vivir a la intemperie una puesta de sol más.

De repente, aquella fotografía de primaveras, se funde en el negro de muerte. Sentimientos rotos, persiguen aquel día de la madre. Late a otro ritmo el corazón desde entonces y las tardes de mayo se han desteñido para siempre. Tormentas de soledad ahondan el mar. Vacíos e impotencia sobrenadan el alma. Asaltan la casa silencios y preguntas. Tu silla de siempre está vacía. Vaga la mirada con deseos de encontrarte. El corazón estalla en lágrimas sobre la soledad de las paredes. Te fuiste de repente, sin más túnica que la hierba. Aquí estamos hijos mío, en la tierra y en la vida acunando tu regreso.

Lo que haces, lo que serás, está escrito en las yemas de los árboles. Dibuja el tiempo el destino, en los propios escalones de los años. Las hojas, destruyen sobre la piel el tiempo. Susurra el cielo las horas de suspiros y las dalias ponen madurez a los ojos. Araña el flujo del mar un adiós en las manos sobre los sueños que se queman.

Al otro lado de la arena, el ritmo eterno del mar, el declive de la vida, la puesta del sol tras la marea. Ayer son ya las palabras, los gritos de infancia y los besos. Hoy, agua sobre agua, y la línea del sol agrieta las maderas. Una procesión de pensamientos ha salido de las jaulas. Es aún de noche en el ladrido de los perros, en el silencio de las lunas.

Escondidos en los pliegues de las sábanas, perdidos como corales de mar, estás en mis deseos en el suelo de las memorias. Quiero vino tinto para escribirte un poema de violetas. Una hilera de álamos para desnudar la ternura. Un lugar impreciso para beber tu tiempo. Y una brújula de soles para anidar besos en tus ojos.

Se fue en las horas de la hierbabuena, en el tiempo pródigo de nubes, cuando los pájaros volaban la tarde. Nos quedó en la entraña la hinchazón de las ortigas, el luto descalzo de la tierra sin girasoles. Para siempre se nos ha apagado el sol entre las manos.

Viajas para mi noche al amparo del alcohol y el vino. Tu vientre, tus muslos mojados. Los besos de las sombras. Nada escapa a los murciélagos. Y no se acaba la noche mientras me roza tu cuerpo. Y eternamente condenados al amor, a los años sin tiempo para vivir.

En mi guarida he dejado los susurros. La noche tronchó las azucenas, cuando trenes de lluvia cruzaron la ciudad. El nácar de una infancia queda dentro de un baúl. Las pisadas me ahogan de mar cuando llegan tiempos de olvido. Sobre la noche quiero morir despacio.

Pasó el tiempo. Romances perdidos. Mediodías sin sol. Contigo continuó mi leyenda de silencios. Y la vida nos condujo al mediodía. Con tu pelo nos cubrimos de noche, despertando madrugadas. Los viajes al amor del mar nos trazaron el vértigo de los sueños. Ciudades. Baile a solas. Tantas horas. Tanto cielo. Silencios de naufragio y las historias del mar. Ahora melancolía. Después de la niñez, las cenizas, los álamos tronchados al margen del camino...

Te amo en el espejo cruel del tiempo, en la vorágine del mar, en las mañanas de tus ojos, en las locuras de mis lunas. Viajo contigo al fondo de la noche, al calor de las velas perfumadas, a la calma de las arenas. Me empapo de tus manos de lluvia, en el corazón de tu perfume. Y está la noche desnuda para los dos. Y no quiero despertar al día tan temprano.

Mi casa, tu puerta. Umbrales que no existen. Perfil de chopos en hileras. En el cielo pintamos locuras. Tu piel, sabor a sal. Túnica de flores. Amargas mentiras. Pantanos amarillos. Pecados sin perdón. Ábreme una aventura nueva en el escote de tus ojos. Déjame en la voz de madrugada, en tus brazos abiertos al mar.

Aquellos niños con los ojos de luceros crecieron hace tiempo. Besos, caricias y susurros. Sueños abiertos de sol y vida pintan sonrisas en mi cauce. Toda la calma está en esta llanura. Se hace lento el río en el meandro de juncos. Noche desnuda de lunas. Mediodía del hombre en las manos, sombras en los sábados... y todos los perfumes del silencio. Hijos, un padre os quiere en el cauce de vuestra risa.

Déjame en medio de la blancura de tus senos para la seducción, en mitad de la noche para el sueño. Plantearemos semillas de girasoles en el centro de tu vientre. Haremos un cauce a la corriente. Sueño contra sueño. Acunamos los deseos en las aristas de la siesta, las tardes de primavera.

Juntos zarparemos la vida para atravesar lo incierto. Un árbol. Un medio día. Un bosque de gárgolas. Una vida. El adiós nos abraza en las cosas que tocamos. Las rodillas nos doblegan cuando el tiempo calcina el corazón.

Me despediré sobre la tierra emergente en el azogue de los espejos, en el fetiche sangrante que me dio la vida. La mirada está en el agua del cansancio, en esa isla errante de sueños. Y vivo. Y estoy de paso por aquí. Y me duele el dolor de lo vivido y todas las flores que con el tiempo se troncharon.

Vengo a ti, a tus mañanas en un océano de sol, en nuestra historia pasada. Habitan las arenas aves negras y tú y yo sabemos del dolor de las orillas. Déjame tu espera en el color de los membrillos. Llevo en la mochila luces que cambian y el tiempo que me resta para morir. Aquella playa se ha hecho bajamar. Tengo hambre de luz y cielo en los ojos heridos.

Gracias por tus lágrimas ciegas de impotencias, por la sensibilidad que viajaba en tus baladas, por lo que dices, por lo que callas... por todo lo que quieres. En tus ojos, las palomas son siempre regreso.

Las serpentinas se cubrieron de primavera mojada. Aún nos queda pan reciente y la flor de los manzanos. Eres una niña de ojos malvas, una chiquilla de mañanas sin orgullos. Desciendo al país de tus ojos para envejecer en tu mirada. Todos los sueños tocan las manos y la vida se me escapa por los dedos.

La noche, tú... y nuestros encuentros de sal sobre estepas de silencio. Un espejo apaga la luz de un lago y el horizonte se fragmenta de glaciares. Te haces objeto de deseo en la memoria de los mercados. Y estreno cada día tu paisaje que para mí jamás termina.

Desnudo las madre selvas para saberte tras la hiedra, en el tiempo del dolor. Tengo la lucidez que queda en el momento antes de morir. Y te recuerdo en el despertar de la rosas, en la espuma de los naranjos, en el octubre del mar. Ábreme el dormitorio del aire, para que juntos vivamos en las mañanas de sueños.

Se que las palabras son ciénagas de sinsabores, perfume de espigas, intemperie de salivas. Anudo uno a uno los vocablos para escribir el dolor del mundo. Cribo lo superfluo en las canciones y me recuesto en las sombras del sol. Me callaré. No diré nada. Al final de la siesta te espero, en la arena blanca del deseo.

Sueño otros colores del arco iris, barcos que parten, rosas preñadas de perfumes, labios habitados de besos. Fugitivo del tiempo y sin ti, por el mundo a la deriva voy.

No retires tus manos, no me dejes sin carmines sobre la espalda de la noche. Regresan las lluvias en las alas de las gaviotas. El mar me viste de nostalgias. Un ángel corta el cáliz de las memorias. Mis besos todos para ti contra la soledad del cielo.

Las palabras están en el lugar de tus cicatrices. Tengo los días en una habitación al borde de todos los silencios. Sentimientos, ternuras y palomas inician un viaje en la experiencia creadora de besar el mundo. Pero el territorio del poema queda al desnudo, atrapado en las grietas del corazón. Suspendo emociones para nombrarte, para acariciarte de sueños en la soledad de las rosas. Y se hace tarde, y tus manos están lejos, y las luces se apagan sobre el corazón abierto de la ciudad.

Musgo y pinos. Besos bajo el sol. Espera sin orilla. Atardeceres de abril. Calma de lluvia. Son muchos los años a la intemperie, doblegando susurros sin destino, amando las tintas de aquellas letras que no llegan a tu corazón. En el filo de la tierra estoy, cargado de sueños y fiebres. Concederme una caricias sólo, cualquier tarde bajo el cielo.

Aquellas luces amarillas, dibujan ramas verdes en los muros sin ventanas. Y llueve sobre la mañana, en las tumbas del sol. Al amanecer, píntame sólo una puerta en tu mirada.

Dibujo sueños en el aire, pájaros que emigran al recuerdo, mariposas moribundas, pies descalzos de mar. La noche está sorda. Lleva la luna color de muerte. Una mano esconde la claridad. Y yo, en mi sótano de silencio, aguardo el día, esperando a que muera el sabor de las viejas palabras.

Dentro de tus sentimientos anidan aquellos poemas, los fragmentos de apalabradas, las lumbres de la tarde. Tal vez hayas olvidado el lugar de los musgos, mis piedras sin historia, la soledad de mis paredes. No importa. En el humo que convocan los silencios, te recuerdo viajera siempre en tu corazón junto al mío.

Camino sobre islotes de rutinas, en los días iguales. Busco nuevas canciones para saber el mundo. Una rueda me conduce al tiempo del silencio, a la soledad de los espejos. No tengo espigas en las manos y la muerte viaja en mis pinturas. En la sangre de los días tristes, en las pupilas de los ojos, busco playas de amor.

Siempre palabras fuera del lugar de las palabras, en ese otro mundo de ahí afuera. Nadie reconoce las serpentinas de fiesta, el aire de las cometas, o las noches para morir a solas. Nadie mira ya mis ojos. En los plenilunios permanezco arrodillado. Piedras mojadas queman los pies. Me marcharé en silencio, como perro abandonado en la soledad de cualquier calle, para buscar el fin del mundo.

Ciñe la tarde aromas de verano. El mundo vive otras pinturas en las esquinas de las calles. Un Apocalipsis de rosas, se descuelga por la pared y no quedan más perfumes para la noche y el mar.

Te traduzco mis poemas al lenguaje del silencio, mientras las hojas esperan el sol. Una túnica de palabras buscan tus labios de día. Y me pareces un imposible esta tarde de azucenas y verano.

Atiende a mis palabras quietas al borde del silencio de los pinos. Escucha el camino sin pisadas en los deseos que se encienden. A ti voy salpicado de sol para encontrarte, a medio camino entre tu corazón y el mío.

Cuando pierda la vida y os mire desde el tiempo, llevadme poemas de silencio a la puesta de sol. Traed lilas a mi tumba y azucenas en jarrones de cristal. Os besaré en el viento, en las campanas, en los dedos de la vida con amor.

Ese día que mueran golondrinas llegaré a la tarde vacío. Me dolerá el alma toda en la soledad de los pinos. En la esquina de tu corazón me paré y no estabas para mí. Se fue la infancia con las moras, con los gusanos de seda y la niñez. Te fuiste en el olvido y dejaste en mi ventana la soledad fría del mundo.

Hojas muertas de primaveras, llenan mis pasillos. A tientas voy en las pisadas. Te esperaré en el alma de los años, hundido en un sillón. En tus manos y las mías nunca hubo días de amor ni sentimientos de cerezas.

En un pañuelo guardo sueños amarillos y nostalgias sin regreso. El tren parte de mañana, para liberar mi biografía. Enciendo un cirio. Solo me marchó al alba, a la muerte, desnudo, y sin maletas.

He pintado una acuarela sin paisaje. De la pared pende un marco viejo aupado al vacío. Aquella infancia agoniza en los espejos. El azar y la vida me llevaron a la tarde. Aquí estoy. Aquí he llegado, con todo el silencio en las manos, con el luto del otoño prendido en los ojos. Atrás quedan caracolas ciegas, regadas en la arena de una noche. Miro mi historia y pienso que aún no he comenzado. Peregrino de soles, rindo cuenta en las pisadas, en los pies descalzos, en las lágrimas del mar.

Tengo esquivas de palabras en el fondo de las sombras. He perdido el llanto después de tanta ausencia. Aprenderé de nuevo las letras de tu nombre... si tú quieres. En un arco iris de besos anudaré nuestro alfabeto.

Registro los diarios, los anales de mis desaciertos. Contigo quiero vivir otro milagro, empezando una historia nueva. Serás mi pareja de viaje. En tus manos los perfumes comenzarán la primavera. Una biografía de tulipanes abraza el mundo.

Otros poemas brotan hoy en mis silencios largos. La visión de ti, acunada de recuerdos, enciende en el corazón pasiones. Buscar una rosa es encontrar tus ojos tras el exilio. La clave del camino son las huellas y los pasos crecen de luz contigo. Hagamos un milagro joven abriendo las ventanas, mientras tiemblan las ramas y nace un poema.

Desde el balcón de mi casa, pensar sin ti es un imposible. Te siento en los olivos y en la fuerza del mar, en esa carta, en los peines del viento. Ya es de día al otro lado de la noche. Partieron los trenes. Las lluvias mojaron helechos y el agua recorrió la ruta de la tierra. Quiero hacer una escuela entre los árboles, escuchar la noche, beber la vida en las fábricas del mundo. He cambiado de lugar. Cierro los ojos para seguir amando. Y las nubes aún, persiguen dentro sueños azules.

Aletea en su sepulcro mi propio pensamiento. Los relojes marcan las horas de los reinos. Atropella los sentimientos un grito. Quiero amaestrar la luz cuando tengo la noche en los ojos y toda la lluvia en mi ventana.

Murmullos de alcantarilla crecen con el alba y con el sol. El hombre abraza los caminos y va y viene cara al mar. Plagado el corazón de desiertos, sueña otras miradas. Pasa la vida mirando la madurez de los racimos, esperando el mosto de las parras. Se apaga la canción arrugada de días pretéritos. Un viejo se sienta a mi lado. Silencios largos. Y me miro con asombro en un espejo.

Tarde de río y sol. La vida grita primaveras. Mirada horizontal de margaritas. La calma toda dentro. Trepando sobre la cinta de asfalto, montañas azules y tomillos cárdenos. Atrás queda la fragua del río. La vertical de las cárcavas. Los perfumes amarillos. Aún se pierden los ojos en la transparencia del aire, en aquellos robles y castaños. Magarzas y piedras. Queda el silencio incrustado en aquellos matices verdes. Una campana, transida de luz, araña la memoria. Bajo una luna más libre se vive el paisaje de regreso, en el deseo íntimo de retornar a él mañana.

Fui en busca de los pájaros que emigran y hallé el perfume de las rosas prendido en tu pelo. Buscar desde el exilio y encontrar primaveras es una reconciliación, un camino hacia adelante. Hoy todo enmudece tras las acuarelas de ayer. Mientras estreno el día, un pantano de verdes cruza los ojos. Rueda la rueda, el pensamiento en el mar. Atada tengo en la boca una tormenta.

Aquella geografía. Los signos de la fiesta. Estallan las mentas y la luz nace en un poema. Las piedras del camino, las acacias, el sol. Y siempre regresar en los pasos de noria. Edificio sin viento. Catedrales, árboles desnudos. Estatuas de hiedra. Atrás, más callados, los colores del agua, el sabor del aire, la tormenta de las flores. Y siempre partir y siempre pisadas de regreso, para partir siempre.

Soledad quieta de mil copas de árboles que esperan la lluvia. Esqueletos de troncos desatan y llantos de silencio. No hay canciones para la muerte. El pensamiento chilla en las palabras y se escuece en el grito. Muere el verde de los

pinos; la idea hecha isla de silencio no sabe dónde acurrucarse. Todo va con sigilo hacia una muerte de cenizas.

Sobre la fuente el gladiolo último de primavera. Y tú de blanco. Y tus manos en el agua queriendo abrir el mar. Luego, los pinos buscaron el camino de regreso, dejando dentro, el nombre de los árboles. Es de noche en mi ventana y pliego las memorias tras los párpados. Aquí persigo nubes en la textura del sol, en la canción eterna de los árboles y helechos.

Cuando me marche ¿Dónde quedara aquella luz de castaños tamizada de sombras, el sabor de las acacias y el rumbo lento del río...? Los naipes del tiempo juegan la danza de la vida. Hoy es el presente. Ayer ya pasó. Mañana, ya no importa.

Luz atornillada a la punta de los álamos. Río lento. Caminar de espigas. Tres cañas. Tres sedales. En los anzuelos viaja a la muerte. Se tensa el hilo de la vida. El corazón late con prisas. Cárcel de malla. Todo el dolor bajo el cielo. Bocanada de aire sin aire. Desesperanza en los ojos. El azul de los lirios se posa en las escamas. Desamparo. Espasmos de aparejo. Agonía de orilla para la muerte. Sin agua ya para seguir viviendo una bota revienta una vida. Estertor de muerte y sangre. La tarde sigue, teñida de rojo, las rutas del agua. A mí me duele el grito de los peces traspasados de anzuelos, su triste muerte sin besos, sin historia, sus horas últimas de río.

Hoy trueco trabajo por poemas, sueños por acuarelas, la soledad por el mar. Se que vivo el tiempo del revés en una sinrazón de días, en el luto de golondrinas que parten, en álamos que mueren cortados. Se va acabando la tinta de estas imprenta de versos sin espacios. Peregrino metáforas para hallar la luz en tus ojos y las palabras se escapan en zigzag, sin encontrar el eco de los árboles. Los mensajes muere ilusiones cuando otros tus no calan la verdad de tus metáforas.

La luz de la mañana esta vieja, el amanecer inalcanzable. Busco mi voz en las palabras, pero la ginebra de la noche ha quemado las matrices. Saca el hombre las espadas de los faros para rasgar la niebla, para poner una mirada última en el cielo. El espacio de la tierra es mi tiempo y el corazón sólo encuentra soledad. Las manos en la sal, el alma herida de besos, y la guitarra con las cuerdas rotas.

Polen de lluvia. Piedras mojadas de espuma. Tengo en mis poemas tus últimas lágrimas. Un azadón esculpió muy dentro tu latido y los silencios hoy pueblan los bosques. Corazón de ónice. Palmeras datileras. El sándalo he dejado en tu

almohada para que vista tus perfumes. Sobre las aristas de la tarde y en mis manos, te esperaré hasta la madrugada. Hoy te sueño mientras a mi te acercas.

Te sé al otro lado de las arterias de mi ciudad. Los arricángeles sobrevuelan tu cielo mientras yo te sueño a mi soledad atornillado. Dentro la tormenta no cesa y estoy harto en tus mañanas de no estar, de todas las letras de tu nombre. Me desangro en un acordeón, mientras entra y sale el viento en los jardines, mientras te echo de menos, mientras crecen los chopos y el agua empapa mis barro.

Un libro entre las manos deshoja el sueño. En las mañanas de recuerdos te esculpo un verso. Desde las lindes del bosque doy la espalda al mundo para soñar tus muslos, tus senos blancos, tus perfumes azules. Mendigo tu nombre entre los besos y las ventanas y cristales enmarcan la soledad.

Y tardas. Y no llegas. Y las manos desnudan el tiempo de tormentas. En mi paciencia se instalan desalientos. La voz se hace hebra y silencio, virutas de garlopa, pentagrama sin música. Y acunas horizontes de viento, y trepas sin quererlo a otras historias. En papeles de sueño envuelves las sombras y en una cuerda enhilas cumpleaños que se van. Te robaron espejos las arrugas y marchitas en un jarrón los días de infancia. Cambian los girasoles de túnica y las ramas de los chopos son más altas. Sobre paredes de cemento clavabas la vida hasta sentir la boca amarga. Lloras un calendario luto. Desbordada de crepúsculos, pintas la última mañana sobre la arista de un sollozo. En silencio te rozan los labios la noche.

En las letras últimas de tus lágrimas, dejo la soledad de mis abrazos. Se han roto las cuerdas de aquella guitarra honda. Para caminar, sólo nos quedan gritos, polvo para las sandalias. Tu sonrisa me dice adiós desde el silencio. Se ha tronchado un brote de olivo. Rozarán tus labios un beso eterno cuando atravesase la lluvia la ciudad dormida.

Azotan las sábanas delirios, al sentir desnuda tu piel. En las manos navegamos caricias mientras las palabras tejieron ternuras de palomas. Relatan los besos tardes de abril y los pasos nos llevaron al calor de los pinos. Crecimos en el espacio de silencios y susurros. Entre verso y verso soñamos el mar. En los trazos de la brisa recogimos una a una las noches y escribimos canciones con estrellas. De rodillas en la hierba amamos la vida hasta el amanecer del sol.

Ser en tus manos sólo. Tiempo, caricia detenida. Sensación en tu mirada. Para el río en mis adentros. Déjame paladearte. Construye una pared de hiedras antes del

invierno. Sumerge las distancias en tu pelo mojado. Quédate conmigo los días de lluvia, y juntos, soñemos mañanas de mimbres y cerezas.

Huye la lluvia de los días de sol y amanecen mañanas de silencio. Nace el tiempo de las campanas y bruñe el aire la luz. Cobija un jarrón de lilas la tarde, y en un sillón de mimbres gastado voy muriendo. En la siesta de las cosas se prenden suspiros, mientras las paredes se hacen viejas. En fotografías amarillas se amontona la infancia y todos los susurros de una madre. Huyen las palomas cuando los trenes cruza la ciudad y sólo quedan del ayer todas las hojas dispersas.

Ciñe vasos de alcohol el verano y crea vértigos de sal. Pendiente abajo de la nada te arrastra un arrecife. En la patria de otra arena buscas asir un lucero. Indescifrable de vacíos asciendes a un navío de carmines. En una orilla de ginebras desnudas tu cuerpo de vómitos. El tiempo es río de estrépitos en la jungla de todos los deseos. De bruces, agarrado a una farola, comulgas con una noche de cirrosis y amarillos. Y están de luto todos los jardines. Y no hay salida de caminos para el bosque de tu soledad. Queda aún noche y alcohol en las cavernas de tu cuerpo. El alba, sobre los charcos, encontró la sed de tu suicidio.

Volverá a estar juntos en el bolero de una siesta. Sentir la lluvia por tus calles. Morir desnudos en la piel, bajo la lluvia. Saber las nubes bajas, pernoctar mirando los árboles. Partir para el regreso de caricias, vivir el tiempo del revés. Ser isla de abrazos, cometa sin ataduras. Elegir poemas de amor. Beber vino en un cáliz de buganvillas. Tregar por esa historia tuya. Echar en ti raíces. Rozar con tus manos el cielo. Luego.... cerrar los ojos en silencio...

Ese instante de la tarde. Sentirme a ti como broche prendido. Ese tiempo de la arena. Ese río, ese sol, las mentas de los pinos. En las mimbres del recuerdo vivo, en las nubes donde danzan tardes de abril, en los caminos sin trenes, en las rutas de los campos de trigo, en el temblor de una campana, en el roce de tu pelo,... ese instante de la tarde.

Un rosario de días acumula horas a las noches. Cansado recorro a ciegas la ciudad. Una mujer va perdida en los deseos. Viaje al mar de las miradas. Beso una escultura y el pensamiento está ya en otro sitio. Dueño de tu corazón por un minuto lleno mi guitarra de canciones. Susurro la noche contra tu pelo y me devuelves latidos en tus senos de tulipanes. Bajo una luz corrompida, a través del humo, siento ávidas tus manos. Empapa el sudor la arena en el espacio de tus pisadas y mi tierra. Murió la libertad del sílex hace tiempo, en la ribera moribunda del deseo, entre tus puntillas y mis labios.

Las verdades en tu casa son crepúsculos para los ojos. Te aguardan todas las palomas en la tarde. Dame tu aguardiente de amapolas... Descúbreme la fiebre de tu río. Conmuéveme de besos en mi hambre de mañanas. Estréchame en tus senos y háblame de los misterios de aquellos campos de trigo. Déjame tus manos otra vez como aquella tarde de pinos.

Me limito a sentir la sombra, y me obligo a estar atado a estas piedras sin mar, a esta cometa sin ventanas. Mendiga la vida la niñez y estoy en esta orilla moribunda, seca la garganta de estambres... y dentro, mil pezuñas. Un malecón de cementos y mi soledad de musgo sobrenadan los silencios. Busco una metamorfosis para mi mundo y mi ciudad, y los lirios están atados al yerro de lo imposible. Camino a solas, mojado, sobre mis días de naufrago.

Las palabras hoy son islas en ese mar de gritos de ahí afuera. Al galope de la vida voy sobre el temblor del polvo, remando hacia la muerte. Amontono escombros, mientras vendo historias y regalo mis poemas. No quedan señales de aquellas primaveras ni anillos para los abrazos. Morir es no encontrará jamás el rumbo de la vida, aquellos otros ojos escritos en la corteza de los árboles.

Estoy en el instante que sabemos, en el humo de pavesas, en las voces que me nombran, en el atardecer que en mí pervive. Déjame ir a favor de la corriente, ser sólo olvido sin recuerdos, caminar inútil en el hambre de encontrarte. Del uno al otro extremo, sólo incertidumbres y pequeños tramos de ternuras. Poco tiempo estarán ahí mis pabellones. Sólo quedaron silencios en la vida que cruzamos. Y tu sin mí. Y yo sin ti, de madrugada, para siempre.

Pasajero de un viaje sin retorno, vivo en el amor de pies descalzos, con el hambre de caminos nuevos y el grito del dolor que es un flagelo. No tengo atajos para pervivir en los trayectos del mundo. Cruzo la vida pasajero de los días aprendidos, con palabras de viento, con sigilo, con sueños prendidos en las ramas de los árboles. Se acurrucan en el corazón litografías de miedo y silencio. Me duele el modo de andar a ciegas, tocar el alma de los pinos cortados, saber la impotencia de los troncos que ya no hablan. Y un día más, se pone el sol vacío, esta tarde de domingo.

El tiempo desanda las hojas y beben los árboles las últimas lluvias de abril. Busco las calles de tus ojos para mi mundo roto, para mis capiteles deslucidos, para la noche oscura. Traspásame de vida en tus colores de luz no corrompida. Déjame tu ciudad de azúcar para la muerte del barro. Te he visto en mi ruta, en medio del cauce. A la deriva voy sin tiempo de palmeras. Tengo una crucifixión sin nombre

más allá de la aurora. Frente a ti y desnudo, piso la hierba como un niño. Dame un espacio de vida en tu mar de ternura para amar el mundo.

Comparto el territorio del silencio y los recuerdos en mi túnel de ventanas cerradas. A la deriva voy en mil deseos, en el irregular laberinto de mis dunas. Nada se mueve en esta madrugada. Un presagio de muerte es la niebla que oculta los caminos. Los perros de la madrugada afilan sus dientes en el alma. No hay singladuras nuevas. Y no queda más aire para el vuelo de las cometas.

La lluvia está en mis gradas y la soledad transita las venas. Busco un vaso de licor para este silencio de océano, para matar las horas de las sombras, para no encontrarme con la vejez, en esta noche de desierto. Sueño otros días, otros ojos, otras tardes y el rumor de aquella brisa. Contra el mar arrodillo una canción de luna.

Al norte de este mar habita la melancolía de un saxo. Condenado estoy a vivir sobre las brechas, en las brasas que quedan de los árboles caídos. Sobre la sangre permanecen las leyendas de todos los otoños. En mi alcoba entra una lenta luna de porcelanas, mientras a solas estoy contigo en los latidos y en el perfume que queda de tus besos.

De madrugada, contra el cielo, regresan las aves migratorias en busca del día. Poda el sol la mañana y aquella infancia de caminar por las hojas. Las horas transitan de ceniza bajo las pupilas de la lluvia. Es imposible regresar al mes de abril. El aire entierra siempre las palabras. Los ojos de inocencia murieron las tardes de ayer. No queda aliento para versos de rosas y estrellas. Pasado el horizonte la mirada tiene otra edad y los deseos nuevos cálices. Se acorta la luz cuando mengua la vida. Por las cicatrices se aleja la ternura que nos queda y los sentimientos son nostalgia en la palabra. Existo sólo en poemas de recuerdos, en la llanura del tacto de las manos, en el esplendor del trébol, en el roce desnudo de la piel.

Movimientos de palomas. Temblor de amapolas. Escucho los gritos de la tierra en una plegaria sin nombre. Lejos de la ciudad lloro la vida en las cepas arrancadas. Se va el agua entre las rocas para guardar silencios cuando se hace río. La lluvia se ha detenido y mengua el sol poniente. Entierra en silencio la vida a las palabras, en ese destino del viento.

Primera comunión de mi hijo Fran. Mañana de sol. Las primaveras de mayo anidan en tus ojos de infancia. Colores frescos de amanecer son espuelas de esperanza. La alegría nos aprieta el corazón y nos pinta un domingo de girasoles

sobre los nudos del tiempo. En cálices de silencio quedan enredadas las palomas de la ciudad. Mi poema es recuerdo en el alma de los besos. Y tú ahí, mientras te miro hijo mío, creciendo en tu mundo, en tu corazón de plenitudes, abordando con pereza la niñez. Peregrino de las risas me poso en tu mirada para que recuerdes mis pasos. Después sigue viviendo sobre tus días felices, en el anillo de los deseos, a la sombra de lo que buscas. Sé feliz mientras el corazón aguante, por que te queremos.

Nunca vi tus señales de amor en las cortezas de los árboles. Hice camino sólo para encontrarte sabiendo que mi vida se va yendo al andar. Cuando llegué a tus ojos, encendido el corazón de todos tus abrazos, me reconcilié contigo en el beso de los árboles. Hoy sé que tus silencios me aman más allá de las pisadas, de las voces de la ciudad. Déjame siempre tus palabras de viento sobre la almohada, como señal que advierta que el amor, tuyo y mío, es sólo de los dos.

Nubarrones de cemento atenazan el día. Es temprano para morir. Me duele el corazón de andar a ciegas por la vida, de sentir la soledad de los troncos arrancados, de saber de su último silencio, de conocer que ya no hablan. Y yo aquí, mojado sólo de recuerdos...

Caminos de luna hacia el desierto. Es tuyo y mío otro horizonte. Tengo las distancias a favor de mis incertidumbres. Sobre el deseo se construyen silencios en estancias deshabitadas. Esta madrugada todo está quieto. Mi mundo, vacío de historia, busca un lucero para llorar. En las travesías de los puentes busco nombres para los sueños y el camino es pabellón de túneles donde me cruzó con el pasado. Quema el sol las hojas y pinta de amarillo los poemas. En los árboles, prendo mis palabras para morir desnudo frente al mar.

La melancolía se diluye en una taza de café. Quiero buscar un atajo para no sentir las lágrimas. Tengo en las venas desiertos que se han refugiado en la nada. Se viste la noche de sombras en las esquinas de las gárgolas. Bajo otro cielo espero las luces del alba. Duermo en tu voz que me llega, en el rumor de la brisa, en el recuerdo de la infancia.

Miel de deseos bajo abedules. Te pertenecen mis palabras en todos los poemas. Busco una siesta de cigüeñas, transida de flores de almendro. Al norte de mi mar están tus islas, varadas de tiempo y de racimos. Enmarco un sueño en una almohada y te tengo, y te siento mía, en el silencio de todos los secretos.

Sobre la arena dejé tu nombre. Besos en el archipiélago de tus manos. Me queda un horizonte por vivir mientras voy sin voz por los rastros. Tienen aún rocío esta

mañana, todas las telas de araña. Es violeta el color de los arándanos y los ríos arrastran ya el invierno. El azogue en los espejos, conduce hacia el tiempo maduro, hacia un horizonte de lagos, donde las campanas empujan los días de noche. Me desprenderé de las frutas amarillas, de este sol de invierno... para buscar ,bajo los árboles, lo que aún queda del alba...

En la orilla de tus ojos se ahondan las rosas En mitad de la niebla, barcos de sentimientos abrazan tu piel. Un saxo se mete en el alma con lluvia de melancolías sobre los hombros. Somos el paisaje de un adiós en las hojas del otoño. La tarde nos pregunta en sus márgenes, por las horas de los trenes. Sólo Dios comprende los secretos de los hombres... los horizontes... y el silencio del mar... Tápame con la túnica del cielo, Dios de la verdad, mi corazón desnudo.

Arranco oscuridad a las sombras para saberte, para rozar tus labios, para estar a solas contigo. Una montaña, un ayer. Y florecen amarillos en los ojos. Se sostiene el mundo en la tarde y el silencio roza de azules tus pezones. Peina con tus dedos mis deseos mientras para los dos llega la noche sobre la hierba.

En sábanas de seda guardo tus leyendas de lluvia y sol. Cruzaron tus pasos hace tiempo mi horizonte. La luna se va tras la noche de licores y en los límites del humo dejamos los suspiros. Me acurruco en las rodillas de la luz para ver llegar la noche. Tu vientre es un paraíso donde descansan los gladiolos. Una memoria de música llena el espacio de los olmos. Contra las aceras de niebla, aguardo tus tibios labios.

Ese lago me cuenta tu horizonte cuando despierta la noche. Tengo dentro una sombra atormentada que me llena de fríos. Llegan las horas de abedules, el tiempo de la ruleta rusa, de la muerte sobre los narcisos, del silencio eterno de los mapas.

En la historia de los colores está la ceniza, nuestra distancia carcomida por mil deseos. Crece la edad de continuo, mientras resbalas la vida pidiendo perdón. Brota la niebla en el propio paisaje, como los charcos junto a la soledad del río. Interpretamos un paso de baile y una campana nos llama al ocaso. Luego, sólo el grito solitario de todo lo vivido.

Dueño de los ojos y del humo corto caricias y vocablos de amor, mientras anochece dentro el vacío. Esperar de rodilleras el calor de otro verano es un imposible. Viaductos de suspiros acompañan el vuelo de murciélagos. Se ha

deshojado la rosa sobre la túnica verde de un nuevo otoño. Mis manos están quietas y el cielo busca girasoles.

Amaneceres... más allá del niño que fuiste ayer. El mediodía te llega a la garganta desde el aguafuerte de los pájaros. Aquella enredadera... Las horas que cruzaron la tarde... Todo el amor se fue de la yema de los dedos. Un mar de preguntas viaja hoy en los trenes. Regresas al pulso de la vida. Te arrodillas despacio, sobre los ojos que rozan musgos..., y callas... y en el corazón te abrazan la soledad y las preguntas.

Los sueños se nos quedan en la enredadera de todo lo vivido. El corazón habla con la tierra de los labios. La voz se quebró en aquella palabra de significados desnudos. No quedan, desde entonces, horas de porvenir. El filo de un cuchillo busca la niebla para olvidar las tardes de hojas y cristales que saben al tiempo del fin del mundo.

Un cáliz de colores azules ha ungido la tarde. Ronda una rosa el mármol blanco, celosa de tulipanes. Todo crece alto de campanas mientras el aire junta las dunas. Precede el ayer al hoy en los pasos de niebla. Crecen termitas sin luz, vaciando las pulpas de los árboles. Lloras nostalgias solo, junto a un vaso de ginebra. Por la noche galopan los caballos su última carrera. Un verso que sangra, se apaga cuando nadie te roza los labios.

Todas las úlceras estaban incrustadas en mitad de las palabras. Bebes la noche a tragos lentos mientras el tiempo araña el corazón. Murió el amor que en mi anidaba. Ya nada será igual entre tu corazón y el mío. Ha nacido la soledad en el camino de la luna. Y no hay miradas, ni caricias de silencio, y ya no hay lilas.

Una muralla detiene mis besos y caricias. Quemaste de ácidos los pensamientos y aplastaste las lilas con tus voces de estiércol. Me arrastro a solas a esta orilla y sólo encuentro fango y tus orines. Se fue el sueño tras la noche. El amanecer se hace montaña. El tiempo hoy no tiene eco y mi verdad la cortaron los cristales. La memoria grita sinsabores y desiertos de palabras doloridas. En la ensenada vacía de mis lutos, acostaré para siempre la voz y la mirada.

Golpeado de soledades y de historia, no tengo rumbo ya en los mapas. Aullidos y mordiscos de lobo vaciaron las pupilas de ternura. Hoy me arrastró a ras de suelo, en la humedad de la lluvia y las campanas. La fiebre transita mis pasillos y el pensamiento despliega un tapiz de gris ceniza. Las anémonas paralizaron tus palabras en mis venas. Hoy la ciudad está llena de lluvia. Soy bosque mojado en la tristeza del agua. Cosido estoy a la soledad de todos los espejos.

Las mentiras de tu mente acorralan hoy mi corazón contra la tierra de otras flores. En silencio estoy, de rodillas en la hierba. El vacío orienta mi rumbo de bitácoras. Transito a tientas en el silencio de la ciudad perdida. Ya no me conoces. Mañana verteré solo silencios en los surcos de la soledad, en la tierra de un jardín sin rosas.

Tengo piedras frías en las manos para hacer un hueco a la noche. Tiemblan ya las sombras en el funeral de las campanas. Ayer se durmieron los sueños cuando por ellos pasaron los caballos. De noche, en la ciudad anduve, pero tú no me creías. Hoy viento, silencios en mis soledades interiores... y las nubes sin alas ahí afuera....

En la dársena del tiempo dado estoy, en la ensenada de memorias vacías. Me quedo con el alma de aquellos barcos desguazados. Sólo quiero dormir sin saber dónde, parar en una isla perdida, olvidarme del eco de mi mismo, saber de otras manos y caminos. Enfermo de murallas, tengo sentimientos amarillos. Las máquinas de tus mentiras rompieron un día los sueños. Cambio la vida por fiebre de quimeras, mientras viaja un desierto conmigo.

Una pajarita de papel he construido con mis versos. El corazón de las manzanas está lleno de gusanos. A estas horas escuecen las memorias y los recuerdos contagian los ojos. Ya no quedan mariposas ni lilas blancas para vivir, sólo fotos amarillas sin memoria. Y en la entraña me duelen las grietas.

Es soportable el frío de la ausencia mientras crecen tulipanes. No hay nada en su lugar. El aire de ayer emigró para crear las ojeras de un oasis. El destino es guardián de todas las melancolías. Se quebraron, tras tu voz, aquellos nuestros gladiolos. Ahora sólo es tiempo de cenizas.

El horizonte grita azules tras el baile de la luz. Es eterno el pensamiento en la desnudez de las espigas. Mis palabras se alargan por tu sed y ya no hay caricias. Crecen las sombras y el tiempo viste de amarillos. El corazón se muere porque le falta la música.

Se ha parado el silencio en la calle trayendo muerte de pistolas. Mi voz tiene la marca del otoño y la tristeza de las nubes. Busco de nuevo un templo de pétalos, para nacer bajo tus párpados. Pero la noche crece plenilunios en mi pobre buque fantasma. Y llueve. Y a tientas voy sobre la niebla.

Tus gritos llenaron mis pliegues con mensajes de gasolina. En dos mitades se partió el alma dejando las llagas al desnudo. En la espalda de la noche, vuelos de tristeza escribieron para siempre las palomas. Estoy en el desfiladero de la lluvia, las manos tendidas, el corazón mojado.

Me hundo en el cieno de todas las melancolías. Ya no quedan praderas de trébol para vivir sin túnicas. Sólo me acompaña un silencio de suicidios. Voy y vengo entre los días, sin saber los horizontes del mar. Tus rosas están podridas en las calles del viento, en mitad de las horas del alba. Y no quedan islas para una noche a solas.

Han resbalado los sueños por mis ojos en una despedida para siempre. Solo estoy en mitad de los árboles, los pies desnudos en el corazón de la bruma. Llevo en las manos cristales y palabras de perdón que ya no siento. Una historia cruzó la vida. Una voz se hizo susurro en mi ventana. Para siempre, se marcharon a aquellas golondrinas...

Contra la noche estoy sin corazones que rozar. No necesito nada para seguir viviendo de muertes, en este mundo sin colores. De luto se ahogan los paraísos en las crines de la impotencia. Las palabras no se han ido y en los dedos llevo las memorias. Se hacen lentos los latidos, mientras sólo me abrazo al alba.

Sólo quedan caracolas yertas y en las manos lirios de orfandad. Vivimos el tiempo para la muerte, mientras sangra el corazón de orilla a orilla. Junto a la tierra, se viste de azules el agua del río, y lloran los álamos silencios, al llegar la noche...

Avanzan las tardes hacia diciembre, hacia un invierno de cristales. Crisantemos ajados de malvas persiguen mis sueños y caminos. En los pozos se aquietan los crespones de la noche. Calculas las palabras para un nuevo crepúsculo, y sabes que el corazón ya está vacío.

Van cayendo las hojas de las ramas. Del ayer sólo quedan palabras y secretos, que lloran al costado de la aurora. Hoy es un día sin campanas, y a solas estoy con los espejos. Encorvado sobre el tiempo vivido camino, y el alma llora en la memoria. Hacia otro amanecer de ausencia y noche voy, mientras se mete dentro la lluvia.

Ruedan las piedras hasta el fondo en un acantilado de vacíos. Tras el brocal de un pozo estoy, en la humedad del agua que me abraza. Alguien gritó mi nombre y las

paredes escupieron el eco. Aquí estoy donde nadie queda, en el fondo de este bosque de ladridos.

Sobre el invierno de hojas ocres se detiene el mar. Cruzamos los días sin caracolas en el tiempo inasible de los chopos. Cae la vida en el estanque de las hojas, y la muerte recorre con sigilo los pasillos. No quedan rutas para vivir, para encontrar de nuevo el verano, para saber la vida de rodillas, tras el regreso de los pájaros.

Ya no quedan señales de humo en los tejados, marcas de tiempo que dibujen el rumbo a las palomas. Se mete el invierno por el alma, acuchillando muros y paredes. Subimos la vida andando caminos y por las suturas de la noche, en silencio, nos vamos, sin túnicas, con los pies descalzos.

De serrines se ha llenado el corazón. Ya pasó mi tiempo, el río de locuras hacia el mar. Desde el valle de los sueños, regreso al mes de abril. Se ha detenido el tiempo en las miradas. No queda nada por decir tras los años de islas sobre el humo. En las viejas maderas de casa, dejo enterrada la memoria, mientras me agarro sólo a las nieblas de la noche y el corazón late despacio.

Se han quemado las calles. Están vacías las avenidas. La muerte se posa en las esquinas. A ciegas busco una mano para poder sobrevivir al luto. Quiero olvidar tu nombre junto al jardín de hierba sucia, donde las soledades de ayer aguardan sólo la muerte. Las mañanas saben a otoño en las horas de palomas grises. Luego, la lluvia regresará de nuevo, a la vieja madera mi barco.

Cruza el agua ya otro tiempo y tu nombre está vacío ¿Dónde queda el camino de las lilas, la ternura que ayer sembramos? Sobre los pasos, volvimos de noche, pero el reloj se paró hace tiempo en el olvido. Y jamás encontramos las nuevas mañanas, abiertas al sol de aquel verano.

El vientre de los días es húmedo y el aire huele a estiércol. Apuro un vaso amargo de ladridos y galopes en la arista imprecisa del silencio. No salgas de casa esta noche, para intentar besarme las heridas. Sucede, a veces, que las quimeras, suelen matar los sueños.

Tus labios ya no tienen el sabor de las violetas. Se quebró tu voz de mañanas azules en las aceras de la noche. Las semillas murieron en el corazón y la soledad creció de pronto sobre el cemento. Queda cauce para el musgo mojado, para los

besos llenos de tierra. Contra los armarios me cobijo, rumiando esperas palabras últimas en las alas de la muerte.

Se ha roto el mapa del agua por donde fluía el camino de la luna. Lágrimas negras. La vida es corcho en una playa sin nombre, cuando se tronchan las violetas. Palomas torcaces cruzaron ya hacia el alba. Yo sigo aquí, abrazado a una campana, peregrinando un adiós de lágrimas.

La noche se cerró en el corazón de tus linderos. A golpes de palabras muertas me despojaste de mi túnica. Tus dedos me arañan los ojos. Desnudo estoy en los recuerdos. Asomado al borde de la vida aún me pregunto por qué. Aquí sigo, aquí estoy, junto a las hojas ocres de un insomnio, mirando tras la ventana, la vida que late fuera.

Cruzamos un día el sendero de las lilas. Y hemos andado el camino de regreso. Ya nada será igual en las tardes y mañanas. Nada nos convoca bajo los chopos y el agua. Sólo la niebla que dejaste en mis orillas es el mundo solitario que me habita. El invierno llega a los espejos, en la ceguera del mar, en la muerte inmóvil de las gaviotas.

Montaña alta de brumas. Cometa abandonada. Soledad de abetos yertos. La hierba amarga salpica las piedras en la orilla, mientras vivo el tiempo del revés. Gladiolos muertos. Estériles orillas... Aún quedan bosques para morir bajo el refugio de los árboles. En un tronco busco cobijo, para sobrevivir la soledad de mis mañanas.

Ya no golpea mis puertas tu latido, ni tu voz me llama de noche. Murieron las mariposas blancas sobre el campo de girasoles. En lo hondo del valle vivo, en la luz de las hogueras. Sobre el oscuro cauce de la vida cerraré los ojos de mis lutos. En las extensión de praderas de sol buscaré la paz para los sueños.

Desgrano horas, minutos e instantes en ese reloj del universo. Sobre mi nada, que es arena, sólo se posa la noche. Con sequedad en la boca me voy junto a las piedras. Gira el mundo vértices de espejos y cristales. Y deja el viento sólo frío en mi ventana.

Luces de otoño último. Aire. Sentimientos bajo el cielo. Envejecidos álamos de caminos lentos. Me asomé al azogue de un espejo, y en los ojos, queda el tiempo de la vejez. Inesperado beso de lluvia. Te llamaré amor por tu nombre otra madrugada. Hoy, el equilibrio del alma no encuentran su territorio frente al frío.

Convivimos los años aupados a las crestas de la noche en los prados del invierno.
Tendido aquí te espero, sobre las cicatrices del musgo, con la mirada en el cielo y
los brazos abiertos en cruz.

Todos los poemas quisiera empaparlos de silencios, de lluvia lenta, de primaveras
estrenadas, de perfumes amarillos....Tal vez cuando muera, no quedarán
praderas para ver crecer el trébol, pero yo se que en otros ojos renacerán palomas
al clamor del alba. En los brazos abiertos al mar, abandono los poemas... lejos
irán por la vida en veleros de papel y en botellas de cristal.... Cuando con pies
descalzos, pises la arena, rozaré tus labios con mis sueños... entonces, sólo
entonces, sabrás por qué he vivido.



CREDITOS

José Luis Moya Palacios nace en la Fuente de San Esteban (Salamanca).
Se inicia en la docencia como profesor en (Santander-Valladolid).
Cursa Psicología en la Universidad Pontificia (Salamanca). Licenciatura sobresaliente fin de carrera.
Dedicación apasionada al campo de la clínica infantil.

- Psicólogo Clínico. (Universidad Pontificia de Salamanca)
- Psicólogo del lenguaje (Escuela Superior de Psicología: Universidad Pontificia de Salamanca).
- Master en Psicología Sofrológica. (Andorra: Alfonso Caycedo).
- Psicólogo del Equipo de A.T. del Ministerio de Educación y Cultura.
- Profesor de E. Secundaria.
- Profesor A. Universidad de Salamanca (Dpto. de Psicología Básica, Psicobiología y Metodología de las Ciencias del Comportamiento).
- Hipnopsicoterapeuta.
- Miembro de la <<American Association of professional Hypnotherapists>>.

A lo largo de la geografía española ha impartido numerosos cursos de sus especialidades, tanto en entidades públicas como privadas.

Con más de 50 ponencias presentadas a diversos congresos de su especialidad. Más de 70 publicaciones inéditas en el campo de la clínica, la psicología y la informática: Revista: European Mac, Padres y Maestros, Anales Iberoamericanos de Foniatría, Patio Abierto, Anales Otorrinolaringológicos Iberoamericanos, Estudia Pedagógica, Siglo Cero, Amarú E., Comunidad Educativa, etc.

Desde la Editorial Anaya, ha publicado dos libros de psicología para alumnos y profesores de la LOGSE (2001). (Nueva reedición 2002).

Tras varios años de investigación, ha editado dos cassettes sobre <<Técnicas de Relajación Infantil>> (1993).

Posee publicados varios libros de poemas:

"La noche de las lilas. Salamanca 2001

"Al final del arco iris. Salamanca 2001

Igualmente ha publicado diversos poemas en formato CD

- José Luis Moya Palacios. Revista MACWORLD: nº 10: Las cuatro estaciones. Formato CD. Porfolio. 3,5 MB, Enero, Madrid, 1996.
- José Luis Moya Palacios. Revista MACWORLD: nº 10: A mis hijos. Formato CD. Porfolio. 3,5 MB, Enero, Madrid, 1996.
- José Luis Moya Palacios. Revista MACWORLD: nº 10: Desde el arco iris. Formato CD. Porfolio. 3,5 MB, Enero, Madrid, 1996.
- José Luis Moya Palacios. Revista MACWORLD: nº 10: Desde lo profesional. Formato CD. Porfolio. 3,5 MB, Enero, Madrid, 1996.
- José Luis Moya Palacios. Revista MACWORLD: nº 10: Reflexiones. Formato CD. Porfolio 25K, Enero, Madrid, 1996.
- José Luis Moya Palacios. Revista MACWORLD: Bajo la luz del sol. nº 17. Septiembre: Formato CD. Porfolio. 9,3 MB de desarrollo, Madrid 1996.
- José Luis Moya Palacios. Revista MACWORLD: Homenaje al viejo Plus nº 17. Septiembre: Formato CD. Porfolio. 16 MB de desarrollo, Madrid, 1996.
- José Luis Moya Palacios. Revista MACWORLD: Recuerdos del ayer nº 17. Septiembre: Formato CD. Porfolio. 14,7 MB de desarrollo, Madrid 1996.
- José Luis Moya Palacios. Revista MACWORLD: Cuando la flor se hace poema nº 19. Noviembre: Formato CD. Porfolio. 16,4 MB de desarrollo, Madrid 1996.
- José Luis Moya Palacios. Revista MACWORLD: Nostalgia en el amanecer nº 19. Noviembre: Formato CD. Porfolio. 16,4 MB de desarrollo, Madrid 1996.
- José Luis Moya Palacios. Revista MACWORLD: Ver, oír sentir y soñar nº 20 diciembre: Formato CD. Porfolio. 7,1 MB de desarrollo, Madrid, Marzo, 1977.
- José Luis Moya Palacios. Revista MACWORLD Nº 22: Junio. Contraluces interiores: Formato CD. Porfolio. 5,1 MB de desarrollo, Madrid 1977.
- José Luis Moya Palacios. Revista MACWORLD nº 22: Junio. Olor a tierra mojada.: Formato CD. Porfolio. 2,5 MB de desarrollo, Madrid 1977.

Miembro de la tertulia literaria "Papeles del Martes" donde también ha publicado de forma colectiva.

"Papeles del Martes: nº 26, Pág. 26 Salamanca. 2001.

"Papeles del Martes: nº 27 "Un poema nace" Pág. 8 Salamanca. 2001

"Papeles del Martes: nº 28 Pág. 34: Salamanca 2002.

"Papeles del Martes: nº 29 Pág. 12: Dos poemas a mi madre. Salamanca 2002

"Papeles del Martes: nº 30 Pág. 20: Ayer de Amanecida. Salamanca 2003

"Papeles del Martes: nº 31 Pág. 15: Sueños perdidos, Morir despacio, Paz. Salamanca 2003

Papeles del Martes: nº 32 Pág. 22: Dos poemas: Al Alba. Tarde. Salamanca 2004

OTRAS PUBLICACIONES:

Poesía: Grupo Álamo. "Plaza de San Esteban" Salamanca. 2002.

Revista Literaria: Luces y Sombras: Fundación María del Villar Nº 20, 2003: Los cuatro elementos. pag. 144.

Revista L´Aceña: Alba de Tormes, pueblos y comarcas: Sec. Páginas poéticas: "Besos para el camino" Nº 12 Enero Marzo, 2003, Pág. 30-31.

PREMIOS

Primer premio en el Certamen internacional "Pluma de oro de Poesía 2001" con la obra <<Besos de Cristal para el Camino>>. Alcorcón. (Madrid) 2001.

Finalista en el certamen literario "X premio de poesía de Peñaranda de Bracamonte 2003"

Primer premio de Poesía del <<XIX Certamen internacional de Poesía "Gabriel y Galán 2004. Poemario: Remando hacia el corazón">>Guijo de Granadilla (Cáceres).

Premio segundo a la mejor colección de fotografía "La Gaceta", VII Rally Fotográfico de Alba de Tormes. Octubre 2004.

Desde la utopía, sueña... aunque pisa la tierra firme del presente.

Apasionado de la docencia. Cree en la educación como obra de vida.

Constante e incansable en el trabajo. Con voluntad de ser, siendo, mientras exista la esperanza.

EL corazón y la mente siempre en busca de proyectos y caminos nuevos por descubrir, mientras va en ruta hacia alguna parte.

En tanto llega la tarde en los cuatro puntos cardinales, y la madurez de las arrugas en la frente, la rosa de los vientos le impulsa al optimismo, a la esperanza de mejorar la vida, el mundo, los hombres, desde la insignificancia planetaria de sí mismo.

Su horizonte: la vida en plenitud.

JOSE LUIS MOYA PALACIOS

San Pablo 66-80 1 º C, Esc. 2

37008 Salamanca

Tel: 923-269665

Correo electrónico:

jlmoyp@ono.com

jlmoyp@usal.es